

**RORTY: PRAGMATISMO Y POLITICA.
Algunas consecuencias de “jugar el juego de Rorty”**

Facultad de Humanidades

Yolanda Fernandez Acevedo

*Consejo de Investigación
Universidad Nacional de Salta*

RESUMEN

Este trabajo intenta mostrar los alcances del pragmatismo rortyano, consecuente con la renuncia a la postulación de trascendencia para nuestro universo simbólico, al que asigna un modesto origen como consecuencia de herramientas conceptuales y lingüísticas contingentes. Propone, en consecuencia, emancipar a nuestra cultura de todo el vocabulario filosófico que hemos asumido como correlato de términos tales como verdad y conocimiento. Jugar el juego que propone Rorty implica, sobre todo, prescindir de la noción de validez universal, tratando de hablar racionalmente sin sucumbir a la tentación de una verdad trascendente y acaso universal. ¿Es posible aceptar todo esto sin preguntarse si esta posición es compatible con sus propias afirmaciones acerca de una sociedad más justa comprometida políticamente con una una versión democrática?.

Palabras Claves

Pragmatismo - Relativismo - Antirrepresentacionalismo - Antifundacionalismo.

**Rorty: Pragmatism and Politics.
Some consequences of “playing Rorty’s game”**

Abstract:

This work intends to show the limits of Rortyan pragmatism, in accordance with the giving up of the postulation of transcendence for our symbolic universe, to which it assigns a modest origin as a consequence of contingent conceptual and linguistic tools. It therefore proposes that our culture should be freed from all the philosophical vocabulary we have assumed as a correlate of terms such as truth and knowledge. Playing the game proposed by Rorty implies, above all, disregarding the notion of universal validity, trying to speak in a rational way without yielding to the temptation of a transcendent and perhaps universal truth. Is it possible to accept all this without wondering if this position is compatible with his own assertions about a fairer society politically committed to a democratic version?

Key-words:

Pragmatism - Relativism - Antirepresentationalism -

“Confieso que si tuviera que apostar cuál sería el próximo país en caer en el fascismo, escogería Estados Unidos”, señala Richard Rorty, al final de algunas reflexiones sobre la emancipación de la propia cultura. “Si el fascismo llega, será en complicidad con los fundamentalismos”¹, advierte Rorty en una respuesta a Habermas sobre las implicancias del relativismo. ¿Qué quiere decir Rorty en esta discusión?. En primer lugar, conviene aclarar que se trata de un encuentro efectuado en Varsovia, en 1995, en donde dialogan principalmente Habermas y Rorty, y en la que intervienen otros filósofos y estudiosos de diferentes ciencias sociales, siempre alrededor de las consecuencias del relativismo y la noción de racionalidad. En gran medida el coloquio estuvo dirigido por un intento de búsqueda alrededor de los beneficios o daños de la Ilustración, y su influencia en las disputas filosóficas contemporáneas. Gran parte de la problemática filosófica de nuestros tiempos no ha podido librarse del enfrentamiento entre posiciones que parecen no poder renunciar a la postulación de que nuestro mundo simbólico es producto de condiciones trascendentes, y la modesta proposición rortyana de que éste no es sino la consecuencia de herramientas conceptuales y lingüísticas contingentes. Esta particular distinción entre dos posicionamientos antagónicos, puede remitirnos a su trivialización en términos de modernidad versus postmodernidad. A Rorty, como a muchos de los filósofos postanalíticos, no le parece correcta ni la denominación, ni los confusos argumentos que convocan su utilización indiscriminada. Una forma de evadir este riesgo de banalización sería evitar su uso, y más bien articular estas oposiciones a partir de intentar clarificar en qué consiste el “juego de Rorty”, y cuales serían las consecuencias de jugarlo.

En primer lugar ¿qué queremos decir cuando hablamos de relativismo?. El propio Rorty ilustra este punto cuando relata cómo, en la discusión sobre la inscripción que se pondría en el frontispicio del Departamento de Filosofía, en Harvard, William James logró convencer a sus colegas de que el *dictum* de Protágoras, “El hombre es la medida de todas las cosas”, era la más adecuada. Pero cuando regresó de sus vacaciones, se encontró con que el rector de la universidad había escrito simplemente: “¿Qué es el hombre para que le prestéis tanta atención?”. Rorty asegura que este rector no era partidario de que los filósofos ganaran demasiado protagonismo. Pero resulta interesante acotar cómo el revulsivo del pensamiento sofista sigue causando estragos entre las huestes académicas. Parece difícil de soportar, aún después de algo así como veinticinco siglos, que se pretenda reemplazar la validez universal de la verdad y sus correlatos, por la inquietante contingencia de lo humano.

Cuando Nietzsche habla de la verdad como de un móvil ejército de metáforas, sugiere que no hay tal cosa como un universo platónico bajo exigencia incondicional de verdad absoluta. Pero también es un intento por poner fin a una distinción entre lo relativo y lo absoluto. Es el intento por abandonar el vocabulario que hemos heredado de Platón y Aristóteles, y enunciar que de lo que se trata no es de discutir acerca de lo relativo y lo absoluto, sino de abandonar todo tipo de argumentación que se sostenga desde estas distinciones binarias. Se busca soslayar distinciones que han terminado por ser parte del sentido común occidental, y proponer una nueva manera de hablar. Esta nueva manera de hablar se apoya en una tradición tan antigua como la platónica, sólo que manifiestamente anticatólica. Se la escucha en Nietzsche, pero resuena desde Protágoras. Se trata de una tradición donde es posible asimilar nombres como los de Wittgenstein, Heidegger, Derridá, Foucault, así como, para Rorty, la tradición del pragmatismo de James, Dewey, Kuhn, Quine, Putnam, Davidson. Todos estos filósofos han sido anatematizados como relativistas. ¿Qué implica tal anatema?. Quizá cuando Derridá denuncia la “metafísica de la presencia”, la búsqueda

1- Niznik, J.-Sanders, J. (ed.) *Debate sobre la situación actual de la filosofía*, Cátedra, Madrid, 2000.

de una presencia más allá del alcance del juego, un absoluto trascendente, se establece una marca acerca del tipo de cerco que se está tratando de saltar. Dicho sea de paso, Derridá abomina de las oposiciones binarias, y Rorty conjetura que toda la tradición pragmatista estaría de acuerdo: no podemos hablar desde lo relativo o lo absoluto. Se trata de buscar otro lugar, reconocer la contingencia de los distintos juegos de lenguaje y, no precisamente, erigir uno de ellos en un punto arquimédico desde el cual dirimir sobre los otros juegos. Jugar este juego es jugar el juego de Rorty.

En cierta medida, jugar el juego que propone Rorty implica, sobre todo, emancipar a nuestra cultura de todo el vocabulario filosófico que hemos asumido como correlato de términos tales como verdad y conocimiento. Tal medida supone prescindir de la noción de validez universal, sin que, de alguna manera, prescindamos de la racionalidad, por lo menos marcar un lugar desde el que sea posible hablar racionalmente sin sucumbir a la tentación de una verdad trascendente y acaso universal. Acabar con el platonismo aparece, en este juego, como una forma de establecer una alternativa de heroísmo intelectual. Si la construcción de un mundo eterno de ideas que sostiene la realidad aparente de la vida cotidiana constituye un proyecto de salvación y catarsis-dice Rorty- él mismo intenta contraponer a este relato una forma nueva, "romántica, humanista, secular". Jugar el juego de Rorty consiste, precisamente, en comprometerse con la afirmación de Protágoras, suponiendo que ésta sugiere que los seres humanos están librados a sí mismos.

En éste sentido, la alternativa al platonismo es una versión romántica de una secularización del mundo, que aparece como el último intento por reemplazar la validez universal por la esperanza social utópica. Según el *dictum* rortiano, colocar la esperanza en el lugar del conocimiento.

Los héroes que participan de esta nueva esperanza utópica son, de acuerdo al propio Rorty, figuras que señalan un proyecto al que Walt Whitman o Martín Luther King, dieron un sentido. Mientras sus detractores suponen un cierto chauvinismo norteamericano, y una complacencia autosatisfecha de expansionismo imperialista, Rorty insiste en señalar una tradición comparable a una religiosidad cívica de índole democrática, estrategia que supone fue la respuesta a los fundacionismos, una alternativa presente ante cada embestida de los fundamentalistas religiosos nunca del todo ausentes en el mapa norteamericano. El juego de Rorty se inscribe precisamente en aquellos que suscribieron lo que él denomina el "compromiso jeffersoniano". La preocupación de Rorty le hace decir, en 1995, que en un futuro relativamente próximo, el fundamentalismo ahogará ese compromiso. Así es cómo cree que el fascismo llegará a EE.UU. La única manera de evitarlo será asumir un cierto compromiso secular que permita evitar nociones que, desde una particular lectura de la historia del pensamiento humano, asumen el carácter de una verdad única, inmutable, intemporal, transcultural. La adhesión a estos dogmas es lo que Rorty supone se encuentra muchas veces disimulada en lo que muchos ensalzan bajo el tópico de "racionalidad". Y tal racionalidad se expresa como "sentido común", cuando en realidad sólo expresa un punto de vista entre otros, y constituye sólo un resto de "envejecida jerga platónica".

El ataque de Rorty hacia la teoría de la verdad como correspondencia, su *locus* favorito, encierra el hecho de que muchas cosas que el sentido común considera que están en la realidad, son fabricadas o inventadas. Después de todo, los pragmatistas o relativistas, no son otra cosa que constructivistas, una forma de lo que se entiende como subjetivistas relativistas. Si las verdades no son otra cosa que ficciones convenientes o útiles, pareciera que no se logra evadir el cerco platónico, pues convenir en adoptar un vocabulario en el que se discrimina entre absoluto y relativo, descubierto e inventado, naturaleza y convención, realidad y apariencia, no es sino una serie de notas a pie de página en el *corpus* de

Platón. La cuestión que aquí se propone es precisamente repudiar ese vocabulario, abandonando la metafísica de la referencia, hacia el interior de un léxico nuevo, y no de una argumentación en el seno de una vieja manera de hablar. En este sentido se trata de invocar a filósofos que, desde Nietzsche a la tradición europea que incluye a Heidegger y Derridá, así como a los pragmatistas norteamericanos, asumieron el desafío del relativismo.

Sin embargo no escapa a Rorty las grandes diferencias que separan ambos tipos de pragmatismo, sobre todo a partir de una formulación distinta de las relaciones entre ciencia empírica y filosofía. Mientras la tradición europea desprecia el “naturalismo”, el “empirismo” y el “reduccionismo”, los filósofos norteamericanos parecen estar convencidos de la necesidad de enunciar las proposiciones de la filosofía como continuas con la ciencia, acabando, de alguna manera, con las distinciones entre filosofía, ciencia y política. Contrariamente, para mucha de la filosofía europea postnietzscheana, el pensamiento filosófico pareciera establecer continuidad con la literatura, o bien con algún método (como en Heidegger, Gadamer, o bien Foucault) que hiciera esto posible. Pero las diferentes concepciones pragmatistas de la filosofía parecieran coincidir en algo: el abandono de una imagen cartesiano-lockeana del mundo, de una mente que procura contacto con una realidad exterior a ella. Todos estarían conformes con una postulación antirrepresentacionista, con el abandono de la mente como espejo privilegiado, con la imagen del “espejo de la naturaleza” que tanto tiempo nos mantuvo cautivos.

Compartir una actitud escéptica respecto a “problemas de la filosofía” y, sobre todo, acerca de léxicos filosóficos tradicionales, es algo en lo que los filósofos llamados pragmatistas (al menos por Rorty) de la tradición europea y anglosajona parece encontrar mayores conformidades y particular coincidencia. La noción misma de las palabras como un conjunto de herramientas, noción cara a Wittgenstein, es la que parece acercar a unos y otros. Si asimilamos nuestro léxico a un conjunto de herramientas que sirven para manipular el medio, y no como algo que representa la naturaleza intrínseca de la realidad, volvemos a formular el problema del fin de la representación, y demolemos el mito de un privilegio representacional. Según esta especie nominalista, no tiene sentido suponer que algunas de estas descripciones recogen especies naturales.

Claro está que el que haya seguido de cerca estas discusiones, más allá de que respondan a una buena o mala exégesis del pragmatismo según Rorty, podría llegar a suponer que estas cuestiones acerca de si la filosofía es capaz de lograr fundamentos ciertos para la ciencia, - el punto principal de las controversias entre fundacionalistas y antifundacionalistas, entre representacionistas y antirrepresentacionistas -, bien podría suponer que estas discusiones son puramente escolásticas, el tipo de discusiones que se puede dejar sin peligro en manos de los profesores de filosofía. En todo caso, estas agrias polémicas sólo consiguen derramar tinta en las academias, sin perjuicio alguno para quien permanezca ajeno a tales iconoclastias metafóricas. Pero cuando a los profesores de filosofía se les antoja extraer conclusiones, el problema de alternativas pragmatistas a las tesis más relevantes de los fundacionalismos, puede aparecer como un peligroso relativismo. Las consecuencias del pragmatismo, que a veces confundimos algo ingenuamente con relativismo, es justamente el tema rortyano. Al pragmatismo se le puede perdonar sus incursiones en torno a problemas epistemológicos o gnoseológicos, pero el relativismo moral suena, y ha sonado siempre, verdaderamente catastrófico. Desde el anticanon platónico de los sofistas o de los filósofos cínicos, la cuestión ha sido francamente revulsiva. Suponer que no haya nada absoluto, fundante, parece convertir en un absurdo toda pasión humana. ¿Puede existir moral, allí donde no hay obligaciones universales? Desde una visión postnietzscheana podemos decir que lo que se llaman firmes principios morales, no son sino prácticas

pretéritas, costumbres de ciertas partes de occidente, asimiladas a nuestro sentido común y sacralizadas como únicas posibles. Sin embargo, sabemos que muchas de estas ideas morales, a veces justamente las que más apreciamos en su universalidad, no resisten a la contextualización. "No matarás" es un universal, pero, razona Rorty, es posible reconocer que se podría expresar en forma de "No matarás, a menos que seas un soldado, que por este medio evites un asesinato, que...". Lo que rechaza un pragmatista como Rorty es la noción de que hay algo así como un principio legitimador, la idea de que estamos ante un tribunal universal, superracional. Un pragmatista, para decirlo de una vez, es antikantiano. Prefiere mirar el mundo como algo contingente, y a nuestra sociedad actual como un hecho fortuito, un accidente afortunado de la evolución biológica.

Las consecuencias del pragmatismo son estas. Si decimos no al universalismo, al representacionalismo, al fundacionalismo, estamos listos para jugar el "juego de Rorty".

Para muchos, esto es justamente lo que debiera evitarse. De alguna manera, es imposible aceptar todo esto sin preguntarse si esta posición extrema es compatible con sus propias afirmaciones acerca de la esperanza en una sociedad más justa, sus compromisos sociopolíticos con los relatos que pretenden una sociedad democrática, con sus apelaciones a una "romántica" manera de encarar compromisos políticos. La idea de una cultura capaz de modificarse a sí misma, de comprometerse en un proyecto que haga mejor la vida de hombres y mujeres, se solapa permanentemente con la idea de que tal compromiso y tal sociedad no superarán nunca la contingencia, no son "necesarias", no hay nada que nos señale una meta, no hay un destino predeterminado.

Esta imagen darwiniana de una evolución ciega y contingente, no parece fácil de compaginar con la noción de esperanza. Pero para Rorty allí está lo romántico del asunto. Podemos creer y comprometernos con algo, sin que este compromiso nos obnuble para no considerar otros posibles compromisos y derroteros. La cuestión es que no hay una Verdad, y toda esperanza de cambio será sólo una muestra contingente de la posibilidad de otros cambios y modificaciones (mejores o peores) que puedan acaecernos. El mundo será lo que nosotros queramos que sea. Este es el sentido final del compromiso con la esperanza: el mundo puede ser mejor o peor, de acuerdo a lo que hombres y mujeres nos propongamos hacer. No hay un telos, un fin que nos esté esperando, una promesa a cumplirse. Pero esto, parece convenir Rorty, hace aún más importante nuestro compromiso.

Las palabras con que comienza el artículo, tienen que ver con esto. Los EE.UU., para Rorty, han llegado a estar indefensos frente al fundamentalismo propio de las versiones del mundo que señalan una verdad única, un pensamiento único. Y esto es lo que hay que evitar con un pensamiento pragmatista. Toda adhesión sin discusión a una Verdad considerada como absoluta, y a una Razón universal, sólo consigue engendrar monstruos. Para Rorty, esto se ejemplifica en el caso norteamericano, y, por cierto, todos estamos de acuerdo en este caso con el escritor Paul Auster, acerca de que Bush "no es conservador, sino que es la vanguardia de una especie de fascismo" (según declaraciones en el diario "La Nación").

Quizá sea oportuno concluir que la esperanza utópica propuesta por Rorty aparece como coherente con esta suerte de pragmatismo, rebelde frente a los diversos fundacionalismos que convierten a la filosofía en cómplice de quienes pretenden un pensamiento único.

Bibliografía

Niznik, J. - Sanders, J. (editores) *Debate sobre la situación de la filosofía*. Cátedra, Madrid, 2000.

Rorty, R.- *Verdad y progreso*.- Paidós, Barcelona, 2000.-

- *Consecuencias del pragmatismo*.- Tecnos, Madrid, 1996.-

- *¿Verdad o conocimiento?*.- FCE, Buenos Aires, 1997.-

- *Forjar nuestro país*.- Paidós, Barcelona, 1999.

- *Pragmatismo y política*, Paidós, Barcelona, 1999.

- *Cosmopolitas o patriotas*. FCE., México, 1997.